

vidad del vientre y cause una peritonitis rápidamente mortal, como lo he visto en más de una ocasión.

Para concluir, y sin que se entienda que trato de dar una explicación del fenómeno principal que me ha ocupado en esta noche, quiero recordar que no es único en su clase. Otras veces hemos hablado aquí largamente de ascítis, de hydro-torax, de hydro-pericardios, y lo que es más notable, de colecciones de pus, en la pleura y en el pericardio, curadas definitivamente con una sola punción. Parece que la naturaleza solo aguarda que la alivien del exceso de repleción que la oprime, para dar toda su actividad á las fuerzas absorbentes que hagan desaparecer los líquidos contranaturales, perfeccionando así una curación que el arte solo ha comenzado.

México, Junio de 1874.

MIGUEL F. JIMENEZ.

CLINICA EXTERNA.

CIRUGIA UTERINA,

Por el Señor Don Mauricio Flores.

SEÑORES:

La grande utilidad del estudio de la patología uterina, es á todas luces notoria, y los adelantos que en ese camino se han hecho en estos últimos años, principalmente por nuestros vecinos del Norte, han cambiado de una manera radical la faz de los conocimientos en ese ramo. Con el perfeccionamiento en el método de exploración del útero, se han llegado á poner en evidencia enfermedades ántes desconocidas; se ha alcanzado mayor perfección también en las operaciones, y se han puesto con algunas de ellas, aptas para la concepción á multitud de personas que, estériles durante muchos años, han sido después bastante fecundas, con grande utilidad para su familia y para el Estado.

Es nueva relativamente entre nosotros la práctica de la operación que estirpa las fungosidades sangrantes del útero; operación sencilla en sí misma, de consecuencias siempre inocentes cuando se practica aun con mediana habilidad, y que ha aliviado á multitud de mujeres sumamente anémicas y casi á orillas de la tumba por lo severo de sus hemorragias.

No sé que nadie en México la haya practicado ántes de nuestro ilustrado consocio el Sr. Martínez del Rio, quien, por decirlo así, la ha vulgarizado entre nosotros en estos últimos tiempos; y en espera del estudio que ha prometido traernos á esta Academia, voy á permitirme decir algunas palabras sobre este asunto, para llegar á un caso de mi práctica particular que ha venido á mis manos, con motivo de otro asunto de cirugía uterina, tratado en un bien escrito artículo que sobre fibroides del útero, leyó á la Academia de Nueva-York el eminente cirujano socio de esta Academia, Dr. D. Marion Sims.

Como considero muy importante este estudio y veo que de su explotación ha de resultar un grande alivio á nuestra sociedad, me he permitido hacer la traducción del trabajo del Sr. Sims, que recibí en los últimos dias de Mayo próximo pasado, para cubrir con su lectura la que por reglamento me tocaba en esta sesión.

El caso á que me vengo refiriendo es el segundo de Sims, y en él se trata de la señora C., con las generales allí expresadas, y á la que, estando en México asistí durante muchos años.

Siempre tuve que estar combatiendo hemorragias uterinas que le sobrevinían inopinadamente; y con el más ligero pretexto estas pérdidas la tenían verdaderamente en un estado de excitación nerviosa lamentable y sufriendo nevralgias cefálicas, que llegaron muchas ocasiones hasta enloquecerla, obligándome algunas á darle el cloroformo en inhalaciones, con las que logré muchas veces aliviarla, y últimamente hacerlas desaparecer.

A principios del año de 1873, una de esas hemorragias de las más severas, me hizo proceder despues de su desaparición, á una nueva y minuciosa exploración; de la que resultó que atendiendo al estado sano de su cuello, á que la cavidad del útero estaba libre y éste me pareció recogido, á que sangraba con la mayor facilidad al más ligero toque con el histerómetro, á que pasadas sus hemorragias quedaba un escurrimiento seroso, sero-sanguinolento, sero-mucoso, y siempre fétido, y teniendo además presentes á la imaginación las ideas sobre fungosidades uterinas, me afirmé en la creencia de que éstas existían en mi enferma, y consulté con los señores Martínez del Rio y D. Juan María Rodríguez, para que me ilustraran con su opinión, y en caso de estar unánimemente convencidos de su existencia, procediéramos á operarla.

Dichos señores tuvieron la bondad de verla conmigo, y convinieron tanto en el diagnóstico como en la necesidad de la operación. No sé por qué casualidad el Sr. Rodríguez no asistió á ella, pero á pocos dias de

nuestra reunion la practicamos el Sr. Martinez del Rio, D. Manuel Paredo y el que esto escribe; entónces se obtuvieron, por medio de la raspa, como seis ú ocho onzas de fungosidades, que segun me dijo el Sr. del Rio, habia examinado nuestro consocio el Sr. D. Manuel Pasalagua con el microscopio, y habia confirmado ese exámen la naturaleza de dichas fungosidades ó vegetaciones.

Desde esa operacion la señora C. no volvió á tener ninguna pérdida, y ántes bien sus períodos, que fueron muy regulares, se volvieron escasos, y de dós dias cuando más de duracion.

Cuatro meses despues, se quejó conmigo de tener fuertes dolores en el vientre que por su naturaleza parecian cólicos ó dolores expulsivos: la examiné con el espejo, y con bastante sorpresa me encontré el hocico de Tenca dilatado como al diámetro de una peseta, sus labios adelgazados y asomando entre ellos un cuerpo duro, carnoso, de color rojizo, con una fluctuacion equívoca, y muy parecido por su aspecto á un huevo humano.

Pocos dias despues de la operacion, su esposo habia marchado á Nueva-York; y esto, unido á la falta de todo otro sintoma, desvanecía enteramente la creencia de la existencia de un embarazo: así fué que no vacilé en introducir el dedo entre ese cuerpo y los lábios del hocico, y no tardé en convencerme de la existencia de un cuerpo fibroso.

Así lo hice entender á la familia manifestándole la necesidad de operar, en que aquella nueva ocurrencia nos ponía.

Volví para esto á consultar con los médicos mencionados, los que despues de un exámen atento convinieron conmigo de nuevo en el diagnóstico y en la necesidad de una nueva operacion.

En este reconocimiento, mi dedo índice llevado lo más profundamente posible, me hizo despegar el tumor por la parte anterior y algo por los lados, hasta donde se ve libre en la figura núm. 1 del Cuaderno de Mr. Sims, y nos hizo señalar al tumor un tamaño como el de un limon grande.

Consultados nosotros por el esposo de la enferma sobre la dilacion que pudiera acarrear la operacion y sobre la posibilidad de un peligro próximo, le hicimos ver una y otras, y convino en que si su señora no corria peligro inminente de viajar con su tumor, preferia marcharse á los Estados Unidos, adonde lo llevaba la necesidad de su empleo.

Entónces se dirigió al Sr. Sims, con recomendacion del Sr. Martinez del Rio, y sucedió lo que se verá por la lectura que va á seguir.

(CONTINUARA.)